

CC8 LA CORTE SEELIE

Gruesos zarcillos de musgo y plantas rodeaban el borde del Estanque de la Tortuga como una orla de encaje verde. La superficie del agua estaba calmada, ondulada aquí y allá por la estela que dejaban los patos al nadar o rizada por el plateado golpeteo veloz de la cola de un pez. Había un pequeño cenador de madera erigido sobre el agua: Yoongi estaba sentado en él mirando fijamente al otro lado del lago. Parecía un príncipe de un cuento de hadas observando en lo alto de su torre a que alguien llegara a caballo y lo atacara. Aunque el comportamiento tradicional de un príncipe no era lo que podía esperarse de Yoongi en absoluto. Él, con su látigo, botas y cuchillos, haría pedazos a cualquiera que intentara atacarlo en lo alto de una torre, construiría un puente con los restos y se marcharía despreocupadamente hacia la libertad, sin siquiera despeinarse en ningún momento. Por eso costaba que Yoongi cayera bien, aunque Jungkook lo intentaba.

—Yoon —llamó Jimin, mientras se acercaban al estanque, y el pelinegro se alzó de un salto y se volvió en redondo; su sonrisa fue deslumbrante.

—¡Jimin! —Corrió hacia él y le abrazó. Bien, así era como se suponía que actuaban los hermanos, se dijo Jungkook. No de un modo estirado, raro y peculiar, sino alegre y cariñoso. Observando a Jimin abrazar a Yoongi, intentó aleccionar a sus facciones para aprender a mostrar una expresión feliz y cariñosa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Hoseok, con cierta inquietud —Estás bizqueando.

—Estoy perfectamente —Jungkook abandonó el intento.

—¿Estás seguro? Parecías como... crispado.

—Algo que he comido —Yoongi se puso en marcha, con Jimin un paso por detrás de él. Vestía un pantalón fino negro con botas y un abrigo chaqué, largo, de suave terciopelo verde, el color del musgo.

—¡No puedo creer que lo hicieran! —exclamó —¿Cómo han conseguido que Namjoon dejara salir a Jimin?

—Lo cambiamos por Jin —respondió Jungkook. Yoongi pareció levemente alarmado.

—¿No permanentemente?

—No —repuso Jimin —sólo durante unas pocas horas. A menos que yo no regrese —añadió pensativo —En cuyo caso, quizás sí que tendrá que quedarse a Jin. Piensa en ello como un usufructo con una opción de compra —Yoongi pareció tener sus reservas.

—Mamá y papá no estarán nada contentos si lo descubren.

—¿Que liberaste a un posible criminal intercambiándolo por tu hermano a un brujo que parece una especie de Sonic el Erizo en versión gay y se viste como el Roba Niños de Chitty Chitty Bang Bang? —preguntó Hoseok —No, probablemente no —Jimin le miró pensativo.

—¿Existe alguna razón concreta para que estés aquí? No estoy seguro de que debamos llevarte a la corte seelie. Odian a los mundanos —Hoseok puso los ojos en blanco.

—Otra vez no.

—¿Qué «otra vez no»? —preguntó Jungkook.

—Cada vez que le molesto se refugia en su casita del árbol con el rótulo de «No Se Admiten Mundanos» —Señaló a Jimin con un dedo —Deja que te recuerde que la última vez que quisiste dejarme atrás, les salvé la vida a todos.

—Desde luego —dijo Jimin —Por una vez...

—Las cortes de las hadas son peligrosas —interrumpió Yoongi —Ni siquiera tu habilidad con el arco te ayudará. No es esa clase de peligro.

—Puedo cuidar de mí mismo —replicó Hoseok. Se había levantado un viento cortante, que empujó hojas marchitadas por la grava hasta los pies del grupo e hizo que Hoseok se estremeciera. Hundió las manos en los bolsillos forrados de lana de la chaqueta.

—No tienes que venir —dijo Jungkook, el castaño lo miró, con una mirada firme y mesurada. Jungkook le recordó en casa de Hyun, llamándolo «mi novio» sin la menor duda o indecisión. Aparte de cualquier otra cosa que pudiera decirse sobre Hoseok, sin duda sabía lo que quería.

—Sí —repuso —quiero ir —Jimin emitió un ruidito por lo bajo.

—Entonces supongo que estamos listos —indicó —No esperes ninguna consideración especial, mundano.

—Míralo por el lado bueno —replicó Hoseok —Si necesitan un sacrificio humano, siempre pueden ofrecerme a mí. No estoy seguro de que el resto de ustedes reúna los requisitos necesarios —Jimin se animó.

—Siempre es agradable cuando alguien se ofrece a ser el prisionero en colocarse ante el paredón.

—Vamos —instó Yoongi —La puerta está a punto de abrirse —Jungkook echó un vistazo alrededor. El sol se había puesto por completo y la luna había salido, una cuña de un blanco cremoso que proyectaba su reflejo sobre el estanque. No estaba llena del todo, sino ensombrecida en un extremo, lo que le daba la apariencia de un ojo con medio párpado. El viento nocturno hacía traquetear las ramas de los árboles, golpeándolas entre sí con un sonido parecido a huesos huecos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jungkook —¿Dónde se encuentra la puerta? —La sonrisa de Yoongi fue como un secreto musitado.

—Síganme —Descendió hasta el borde del agua, dejando profundas huellas en el barro con las botas. Jungkook lo siguió, contento de haberse puesto vaqueros y no pants. Yoongi se alzó el abrigo por encima de las rodillas, dejando las delgadas piernas enfundadas al descubierto. Hoseok, detrás de él, lanzó una palabrota y resbaló en el barro; Jimin avanzó automáticamente para sujetarle mientras todos se volvían. Hoseok echó el brazo atrás con energía.

—No necesito tu ayuda.

—Déjenlo ya —Yoongi dio un golpecito con uno de los pies enfundados en botas en las aguas poco profundas del borde del lago —Los dos. De hecho, los tres. Si no nos mantenemos unidos en la corte seelie, estamos perdidos.

—Pero yo no he... —empezó a decir Jungkook.

—Tal vez no lo has hecho, pero el modo en que dejas que esos dos actúen... —Yoongi indicó a los muchachos con un desdeñoso ademán —¡No puedo decirles qué tienen que hacer!

—¿Por qué no? —exigió el pelirrojo.

—Francamente, Jungkook; si no empiezas a utilizar un poco de tu superioridad atractiva natural, simplemente no sé que voy a hacer contigo —Se volvió hacia el estanque y luego se volvió de nuevo hacia ellos —Y por si lo olvido —añadió con severidad —por el amor del Ángel, no coman ni beban nada mientras estemos bajo tierra, ninguno de ustedes. ¿De acuerdo?

—¿Bajo tierra? —inquirió Hoseok con aire preocupado —Nadie dijo nada de estar bajo tierra —Yoongi alzó las manos exasperado y penetró en el estanque con un chapoteo. El abrigo de terciopelo verde se extendió a su alrededor como una enorme hoja de nenúfar.

—Vamos. Sólo tenemos hasta que la luna se mueva —«La luna ¿qué?» Meneando la cabeza, Jungkook entró en el estanque. El agua era poco profunda y transparente; bajo la brillante luz de las estrellas, podía ver las formas oscuras de peces diminutos que pasaban raudos ante sus tobillos. Apretó los dientes mientras penetraba más en el interior del estanque. El frío era intenso. Detrás de él, Jimin avanzó al interior del agua con una elegancia contenida que apenas onduló la superficie. Hoseok, detrás de él, chapoteaba y maldecía. Yoongi, tras alcanzar el centro del estanque, se detuvo, con el agua a la altura del tórax. Alargó una mano hacia Jungkook —Detente —Jungkook se detuvo. Justo frente a él, el reflejo de la luna brillaba trémulo en el agua como un enorme plato de plata. Alguna parte de él sabía que aquello no funcionaba así; se suponía que la luna se alejaba de ti a medida que te acercabas, siempre retrocediendo. Pero sin embargo ahí estaba, flotando justo sobre la superficie del agua como si estuviera anclada allí —Jimin, ve tú primero —indicó Yoongi, y le llamó con una señal —Vamos —Jimin pasó junto a Jungkook, oliendo a cuero húmedo y carbón de leña. El menor le vio sonreír mientras se volvía de espaldas, entonces entró en el reflejo de la luna... y desapareció.

—Vaya —exclamó Hoseok en tono serio —Vaya, eso ha sido increíble —Jungkook le miró un instante. El agua le llegaba sólo a la cadera, pero tiritaba y se abrazaba los codos con las manos. Le sonrió y dio un paso atrás, sintiendo una sacudida de frío aún más gélido al introducirse en el reluciente reflejo plateado. Se tambaleó por un momento, como si hubiese perdido el equilibrio en el travesaño más alto de una escalera... y a continuación cayó de espaldas hacia la oscuridad como si la luna lo hubiese engullido. Cayó sobre tierra apisonada, dio un traspié y sintió una mano sujetándolo por el brazo. Era Jimin.

—Ve con cuidado —dijo este, y lo soltó. Jungkook estaba empapado, con riachuelos de agua helada descendiéndole por la parte posterior de la camisa y el cabello húmedo pegado a la cara. Las ropas mojadas parecían pesar una tonelada. Estaban en un corredor de tierra excavado en el subsuelo, iluminado por musgo que resplandecía tenue. Una maraña de enredaderas colgantes formaba una cortina en un extremo del pasillo y largos zarcillos peludos colgaban del techo igual que serpientes muertas. Raíces de árboles, comprendió

Jungkook. Estaban bajo tierra. Y hacía frío allí abajo, frío suficiente para hacer que su aliento surgiera en volutas de helada bruma cuando espiraba —¿Frío? —Jimin estaba calado hasta los huesos también, los cabellos claros casi incoloros allí donde se le pegaban a las mejillas y la frente. El agua le recorría por los vaqueros y la cazadora mojados, y convertía en transparente la camiseta blanca que llevaba. Jungkook pudo ver las líneas oscuras de sus Marcas permanentes y la tenue cicatriz del hombro a través de ella. Desvió la mirada rápidamente. El agua se le adhería a las pestañas, empañando su visión igual que lágrimas.

—Estoy perfectamente.

—No tienes aspecto de estar perfectamente —repuso Jimin. Se acercó más al menor, y el pelirrojo sintió el calor que emanaba del rubio incluso a través de la ropa mojada de ambos, descongelando su carne helada. Una forma oscura pasó volando a toda velocidad, justo en el campo visual del rabillo de su ojo, y chocó contra el suelo con un golpe sordo. Era Hoseok, también calado hasta los huesos. Rodó sobre las rodillas y miró frenéticamente a su alrededor.

—Mis gafas...

—Las tengo yo —Jungkook estaba acostumbrado a recuperar las gafas de Hoseok durante los partidos de fútbol. Estas siempre parecían caer justo bajo los pies del muchacho donde, inevitablemente, eran pisadas —Aquí las tienes —Él se las puso después de limpiar de tierra las lentes.

—Gracias —Jungkook pudo sentir como Jimin los observaba con atención: notó su mirada como un peso sobre los hombros. Se preguntó si Hoseok también lo sentía. Este se puso en pie arrugando el ceño, justo cuando Yoongi caía de las alturas, aterrizando de pie con elegancia. El agua le corría por el cabello y lastraba el grueso abrigo de terciopelo, pero él apenas parecía advertirlo.

—¡Aaaah, esto ha sido divertido!

—Este año por Navidad voy a regalarte un diccionario —bromeó Jimin.

—¿Por qué?

—Para que puedas buscar «divertido». No estoy seguro de que sepas lo que significa.

—Me estás aguando la fiesta —dijo Yoongi.

—Ya está bastante aguada, por si no lo has notado —Jimin miró alrededor —Ahora ¿qué? ¿En qué dirección?

—En ninguna —respondió Yoongi —Aguardamos aquí, y ellos vienen a buscarnos —A Jungkook no le gustó demasiado esa idea.

—¿Cómo saben que estamos aquí? ¿Hay un timbre que tenemos que pulsar o algo?

—La corte sabe todo lo que sucede en estas tierras. Nuestra presencia no pasará desapercibida —Hoseok lo miró con suspicacia.

—¿Y cómo es que sabes tantas cosas sobre hadas y la corte seelie? —Yoongi, ante la sorpresa de todos, se ruborizó. Al cabo de un momento, la cortina de enredaderas se hizo a

un lado y un hada varón pasó al otro lado, echándose hacia atrás los largos cabellos. Jungkook había visto a algunos de aquellos seres antes, en la fiesta de Namjoon, y le había llamado la atención tanto su fría belleza como un cierto salvaje aire sobrenatural, que conservaban incluso cuando bailaban y bebían. Esta hada no era una excepción: los cabellos le caían en capas de un negro azulado alrededor de su rostro impasible, anguloso y hermoso; los ojos tenían el verde de las enredaderas o el musgo y lucía la forma de una hoja, bien una marca de nacimiento o un tatuaje, sobre uno de los pómulos. Vestía una coraza de un marrón plateado como la corteza de los árboles en invierno, y cuando se movía, la coraza relampagueaba con una multitud de colores: negro, turba, verde musgo, gris ceniza, azul cielo. Yoongi lanzó un grito y saltó a sus brazos.

—¡Chanyeol!

—¡Ah! —exclamó Hoseok, en voz baja y no sin cierta burla —Así que es por eso que lo sabe —El hada, Chanyeol, contempló a Yoongi con seriedad, luego lo apartó de él y lo empujó con suavidad.

—Este no es momento para el afecto —dijo —La reina de la corte seelie ha solicitado una audiencia con los tres nefilim que hay entre vosotros. ¿Queréis venir? —Jungkook pasó una mano protectora sobre el hombro de Hoseok.

—¿Qué hay de nuestro amigo? —Chanyeol se mostró impasible.

—No se permite la presencia de humanos mundanos en nuestra corte.

—Ojalá alguien hubiese mencionado eso antes —contestó Hoseok, sin dirigirse a nadie en concreto —¿Debo suponer entonces que tengo que aguardar aquí fuera hasta que las enredaderas empiecen a crecer sobre mí? —Chanyeol lo consideró.

—Eso podría proporcionar una diversión considerable —dijo.

—Hoseok no es un mundial corriente. Se puede confiar en él —intervino Jimin, sorprendiendo a todos, y sobre todo al castaño. Jungkook se dio cuenta de que Hoseok estaba sorprendido porque se quedó mirando fijamente al rubio sin ofrecer ni un solo comentario agudo —Ha librado muchas batallas con nosotros —insistió Jimin.

—Querrás decir una batalla —masculló Hoseok —Dos si se cuenta aquella en la que yo era una rata.

—No entraremos en la corte seelie sin Hoseok —afirmó Jungkook, con la mano todavía sobre el hombro del chico —Tu reina pidió esta audiencia con nosotros, ¿recuerdas? No fue idea nuestra venir aquí —Hubo una pizca de regodeo en los ojos verdes de Chanyeol.

—Como deseáis —repuso —Que no se diga que la corte seelie no respeta los deseos de sus invitados —Giró sobre los talones de sus botas y empezó a conducirlos por el pasillo sin detenerse a comprobar si le seguían, Yoongi apresuró el paso para andar junto a él, dejando que Jimin, Jungkook y Hoseok los siguieran en silencio.

—¿Se les permite salir con hadas? —preguntó finalmente Jungkook a Jimin —¿Le importaría a sus... les importaría a los Lightwood que Yoongi y comosellame...?

—Chanyeol —terció Hoseok.

—¿...Chanyeol salieran?

—No estoy seguro de que salgan —contestó Jimin, remarcando la última palabra con una ironía nada sutil —Me imagino que principalmente se quedan dentro. O en ese caso, debajo.

—Da la impresión de que lo desapruebas —Hoseok apartó la raíz de un árbol. Habían pasado de un pasillo de paredes de tierra a uno revestido de piedras lisas con únicamente alguna que otra raíz colándose entre las piedras desde lo alto. El suelo era de alguna clase de material duro pulido, no mármol sino piedra veteada y salpicada de líneas de copos de material reluciente que parecían piedras preciosas pulverizadas.

—No lo desapruebo exactamente —respondió Jimin en voz baja —Las hadas son conocidas por coquetear ocasionalmente con mortales, pero siempre acaban por abandonarlos, por lo general no en muy buen estado —Las palabras provocaron un escalofrío en la espalda del pelirrojo. En aquel momento Yoongi rió, y Jungkook pudo ver entonces por qué Jimin había bajado la voz, ya que las paredes de piedra les devolvían la voz de Yoongi amplificada, rebotando en las paredes.

—¡Eres tan divertido! —El pelinegro dio un traspie cuando la bota se le metió entre dos piedras, y Chanyeol lo sujetó y estabilizó sin cambiar de expresión.

—No entiendo cómo vosotros, humanos, podéis andar con zapatos tan pesados.

—Es mi divisa —repuso Yoongi con una sonrisa seductora —Nada de menos de quince centímetros —Chanyeol lo contempló impávido —Estoy hablando de tacones —dijo —Es un chiste. Ya sabes. Un juego de...

—Vamos —dijo el caballero hada —La reina empezará a impacientarse —Siguió corredor adelante sin dedicar a Yoongi otra mirada.

—Me había olvidado —masculló Yoongi mientras el resto lo alcanzaba —Las hadas carecen de sentido del humor.

—Bueno, yo no diría eso —bromeo Jimin —Hay un club nocturno de duendecillos en el centro, llamado Alas Picantes. Tampoco —añadió —es que yo haya estado allí jamás —Hoseok miró a Jimin, abrió la boca como si tuviese intención de hacerle una pregunta, pero pareció pensárselo mejor. Cerró la boca de golpe justo cuando el corredor fue a dar a una amplia sala con suelo de tierra y paredes recubiertas de altos pilares de piedra entrecruzados por completo de enredaderas y flores de intensos colores. Entre los pilares colgaban finas telas, teñidas de un azul tenue que tenía casi el tono exacto del cielo. La habitación estaba llena de luz, aunque Jungkook no pudo ver ninguna antorcha, y el efecto general era el de un pabellón de verano bajo una brillante luz solar en algún lugar de una sala subterránea de tierra y piedra. La primera impresión de Jungkook fue que se encontraba al aire libre; la segunda, que la sala estaba llena de gente. Sonaba una extraña música suave, afeada por notas agridulces, una especie de equivalente auditivo de miel mezclada con zumo de limón, y había un círculo de hadas bailando al son de la música, con los pies apenas rozando el suelo. Sus cabellos azules, negros, castaños y escarlatas, dorados metálicos y blancos hielo ondeaban como estandartes. Pudo ver cómo les llamaban también los seres bellos, pues realmente eran muy bellos con sus preciosos rostros pálidos, las alas color lila, dorado y azul; ¿cómo podía haberle creído a Jimin cuando había dicho

que su intención era hacerles daño? La música, que al principio le había enervado, sonaba sólo melodiosa, y Jungkook sintió el impulso de agitar los cabellos y mover los pies al compás de la danza. La música le decía que si lo hacía, también él sería tan ligero que sus pies apenas tocarían el suelo. Dio un paso al frente... Y una mano le agarró por el brazo y tiró violentamente de él hacia atrás. Jimin lo miraba iracundo, con los ojos dorados brillantes como los de un gato —Si bailas con ellos —dijo en una voz queda —bailarás hasta morir —Jungkook le miró pestañeando. Se sentía como si lo hubiesen arrancado de un sueño, atontado y despierto a medias. Arrastró la voz al hablar.

—¿Queéé? —Jimin emitió un ruido impaciente. Sostenía su estela en la mano; Jungkook no le había visto sacarla. El rubio le agarró la muñeca y grabó una veloz Marca punzante sobre la piel de la parte interior del brazo.

—Ahora mira —Jungkook volvió a mirar... y se quedó helado. Los rostros que le habían parecido tan bellos seguían siendo bellos, sin embargo bajo ellos acechaba algo vulpino, casi salvaje. La muchacha de las alas rosas y azules la llamó con una seña, y Jungkook vio que sus dedos eran ramitas cubiertas de hojas cerradas. Tenía los ojos totalmente negros, sin iris ni pupila. El muchacho que bailaba junto a ella tenía la piel color verde veneno y unos cuernos enroscados le nacían en las sienes. Mientras bailaban, el abrigo que llevaba se abrió, y Jungkook vio que su pecho era una caja torácica vacía. Había cintas entrelazadas por los huesos pelados de las costillas, posiblemente para darle un aspecto más festivo. A Jungkook le dio un vuelco el estómago —Vamos. Jimin lo empujó, y el menor avanzó dando un traspie. Cuando recuperó el equilibrio, pasó ansiosamente la mirada alrededor en busca de Hoseok. Este iba por delante de ellos, y vio que Yoongi lo llevaba bien sujetado. En esta ocasión, no le importó. Dudó de que Hoseok hubiese conseguido atravesar esa sala por sí solo. Bordeando el círculo de bailarines, se encaminaron al extremo opuesto de la estancia y cruzaron una cortina doble de seda azul. Fue un alivio estar fuera de la sala y en otro pasillo, este tallado en un lustroso material marrón como el exterior de una avellana. Yoongi soltó a Hoseok, y este se detuvo inmediatamente; cuando Jungkook lo alcanzó, vio que Yoongi le había atado su pañuelo sobre los ojos. El castaño manoseaba nerviosamente el nudo cuando Jungkook llegó junto a él.

—Déjame a mí —dijo, y Hoseok se quedó quieto mientras lo desataba y devolvía el pañuelo al pelinegro, dándole las gracias con un movimiento de cabeza. Hoseok se echó los cabellos atrás; estaban húmedos allí donde el pañuelo los había aplastado.

—Eso sí era música —comentó él —Un poco de country, un poco de rock and roll
—Chanyeol, que se había detenido para esperarles, les miró con el cejo fruncido.

—¿No os ha gustado?

—Me ha gustado un poco demasiado —contestó Jungkook —¿Qué se suponía que era eso, alguna clase de prueba? ¿O una broma? —Chanyeol se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrado a mortales que se dejan influenciar fácilmente por nuestros hechizos de hadas; no tanto los nefilim. Pensé que llevabas protecciones.

—Las lleva —indicó Jimin, trabando la mirada verde jade del hada con la suya. Chanyeol se limitó a encogerse de hombros otra vez y empezó a andar de nuevo. Hoseok se mantuvo a la altura de Jungkook durante unos pocos instantes sin hablar.

—Así pues, ¿qué me he perdido? —preguntó luego —¿Chicas bailando desnudas?

—Jungkook pensó en las costillas al descubierto del hada varón y se estremeció.

—Nada tan agradable.

—Existen modos de que un humano tome parte en los festejos de las hadas —intervino Yoongi, que les había estado escuchando disimuladamente —Si ellas te dan un distintivo, como una hoja o una flor, para que lo lleves, y lo conservas toda la noche, estarás perfectamente por la mañana. O si vas con un hada como compañera... —Dirigió una veloz mirada a Chanyeol, pero este había llegado a una frondosa mampara colocada en la pared y se detuvo allí.

—Estos son los aposentos de la reina —informó —Ha venido desde su corte en el norte para ocuparse de la muerte de la pequeña. Si tiene que haber guerra, quiere ser ella quién la declare —De cerca, Jungkook pudo ver que la mampara estaba hecha de enredaderas tupidamente entrelazadas, con gotitas de ámbar ensartadas. Chanyeol apartó las enredaderas y los hizo pasar a la estancia situada al otro lado. Jimin cruzó el primero, agachando la cabeza para pasar. Le siguió Jungkook, que se irguió al llegar al otro lado, mirando alrededor con curiosidad. La habitación era sencilla, con las paredes terrosas adornadas con tela clara. Fuegos fatuos resplandecían en jarras de cristal. Una mujer bellísima estaba recostada en un sofá bajo, rodeada por lo que debían de ser sus cortesanos: una variopinta variedad de hadas, desde duendecillos diminutos hasta lo que parecían espléndidas muchachas humanas de largos cabellos... si se pasaba por alto sus ojos negros sin pupilas —Mi reina —dijo Chanyeol, haciendo una profunda reverencia —os he traído a los nefilim —La reina se incorporó. Tenía una larga melena escarlata que parecía flotar como hojas otoñales en una brisa. Los ojos eran de un azul transparente como el cristal, y la mirada afilada como una cuchilla.

—Tres de estos son nefilim —afirmó ella —El otro es un mundano —Chanyeol pareció echarse hacia atrás, pero la reina ni siquiera le miró; su mirada estaba puesta en los cazadores de sombras. Jungkook sentía un peso, como si lo tocara. No obstante su hermosura... no había nada de frágil en la reina. Era tan luminosa y difícil de contemplar como una estrella ardiente.

—Nuestras disculpas, mi señora —Jimin se adelantó, colocándose entre la reina y sus compañeros. Su voz había cambiado de tono; había algo en el modo en que hablaba ahora, algo cuidadoso y delicado —El mundano es nuestra responsabilidad. Le debemos protección. Por lo tanto lo mantenemos con nosotros —La reina ladeó la cabeza, como un pájaro interesado. En esos momentos tenía toda la atención puesta en el rubio.

—¿Una deuda de sangre? —murmuró —¿Con un mundano?

—Me salvó la vida —respondió Jimin. Jungkook notó como Hoseok se tensaba a su lado, sorprendido, y deseó que no lo demostrara. Las hadas no podían mentir, había dicho Jimin, y Jimin tampoco mentía: Hoseok sí le había salvado la vida. Simplemente no era por eso por lo que le habían llevado con ellos. Jungkook empezó a apreciar lo que Jimin había querido dar a entender con aquello de decir la verdad de un modo creativo —Por favor, mi señora. Esperábamos que lo comprendierais. Hemos oído que sois tan bondadosa como hermosa, y en ese caso... bien —prosiguió Jimin —vuestra bondad debe de ser inmensa —La reina mostró una sonrisita de suficiencia, se inclinó y con el refulgente cabello cayó hacia adelante, ensombreciéndole el rostro.

—Eres tan encantador como tu padre, Park Min Morgenstern —repuso, e indicó con un gesto los almohadones desperdigados por el suelo —Venid, sentaos junto a mí. Comed algo. Bebed. Descansad. La conversación es mejor con los labios húmedos —Por un momento Jimin pareció desconcertado. Vaciló. Chanyeol se inclinó hacia él y le habló en voz baja.

—Sería imprudente rehusar la prodigalidad de la reina de la corte seelie —Los ojos de Yoongi se movieron veloces hacia él, y luego esta se encogió de hombros.

—No pasará nada por sentarnos —Chanyeol los condujo a un montón de almohadones sedosos cerca del diván de la reina. Jungkook se sentó con cuidado, medio esperando que hubiese alguna especie de enorme raíz afilada aguardando para clavarse en su trasero. Parecía ser la clase de broma que la reina encontraría graciosa. Pero no sucedió nada. Los cojines eran muy mullidos; se acomodó con los demás a su alrededor. Un duendecillo de piel azulada fue hacia ellos transportando una bandeja con cuatro copas de plata en ella. Cada uno tomó una copa de líquido dorado con pétalos de rosa que flotaban en la superficie. Hoseok depositó su copa en el suelo junto a él.

—¿No quieres un poco? —preguntó el duendecillo.

—La última bebida de hadas que tomé no me sentó bien —masculló él. Jungkook apenas le oyó. La bebida tenía un aroma embriagador, más intenso y delicioso que las rosas. Sacó un pétalo del líquido y lo aplastó entre el índice y el pulgar, liberando más el perfume. Jimin le empujó el brazo.

—No bebas ni una gota —dijo por lo bajo.

—Pero...

—Limítate a no hacerlo —El pelirrojo depositó la copa en el suelo, como había hecho Hoseok. Tenía el índice y el pulgar teñidos de rosa.

—Bien —comenzó la reina —Chanyeol me dice que afirmáis saber quién mató a nuestra pequeña en el parque anoche. Aunque ya os digo que a mí no me parece ningún misterio. ¿Un hada niña sin una gota de sangre? ¿Acaso me traéis el nombre en este caso, al quebrantar la Ley, y deberían ser castigados en consecuencia? No obstante, aunque lo pueda parecer, no somos tan quisquillosos.

—Ah, vamos —dijo Yoongi —No son los vampiros —Jimin le lanzó una mirada.

—Lo que Yoongi quiere decir es que estamos casi seguros de que el asesino es otra persona. Creemos que podría estar intentando arrojar sospechas sobre los vampiros para protegerse.

—¿Tenéis pruebas de eso? —El tono de Jimin era tranquilo, pero el hombro que rozó el de Jungkook estaba tirante por la tensión.

—Anoche asesinaron también a los Hermanos Silenciosos, y a ninguno de ellos le quitaron la sangre —continuó Jimin.

—¿Y esto tiene que ver con nuestra pequeña? ¿Cómo? Nefilim muertos son una tragedia para los nefilim, pero no significa nada para mí —Jungkook sintió un fuerte agujonazo en la mano izquierda. Al bajar la mirada, vio a un diminuto gnomo huyendo veloz entre los

almohadones. Una roja gota de sangre le había aparecido en el dedo. Se lo llevó a la boca con una mueca de dolor. Los gnomos eran monos, pero mordían de un modo desagradable.

—También robaron la Espada-Alma —siguió Jimin —¿Conocen la existencia de Maellartach?

—La espada que obliga a los cazadores de sombras a decir la verdad —dijo la reina con sombrío regocijo —Nosotros, los seres fantásticos, no tenemos necesidad de un objeto así.

—Se la llevó MinHo Morgenstern —explicó Jimin —Mató a los Hermanos Silenciosos para obtenerla, y creemos que también mató al hada. Necesitaba la sangre de un hada niño para llevar a cabo una transformación en la Espada. Para convertirla en una herramienta que pueda usar.

—Y no se detendrá —añadió Yoongi —Necesita más sangre además de esa —Las elevadas cejas de la reina se enarcaron aún más.

—¿Más sangre del Pueblo Mágico?

—No —contestó Jimin, lanzando una mirada a Yoongi que Jungkook no consiguió interpretar por completo —Más sangre de subterráneos. Necesita la sangre de un hombre lobo y de un vampiro... —Los ojos de la reina brillaron reflejando la luz.

—Eso no parece precisamente algo que sea de nuestra incumbencia.

—Mató a uno de los suyos —dijo Yoongi —¿No quieren venganza? —La mirada de la reina lo acarició como el ala de una mariposa nocturna.

—No inmediatamente —respondió —Somos gente paciente, ya que disponemos de todo el tiempo del mundo. MinHo Morgenstern es un viejo enemigo nuestro... pero tenemos enemigos más antiguos aún. Nos contentamos con aguardar y observar.

—Está invocando demonios —explicó Jimin —Creando un ejército...

—Demonios —repuso la reina en tono ligero, mientras sus cortesanos parloteaban a su espalda —Los demonios son cosa vuestra, ¿no es cierto, cazador de sombras? ¿No es por eso que poseéis autoridad sobre todos nosotros, porque vosotros sois los que matáis a los demonios?

—No estoy aquí para darles órdenes en nombre de la Clave. Vinimos cuando nos lo pidió, creyendo que si sabían la verdad, nos ayudarían.

—¿Eso fue lo que pensasteis? —La reina se inclinó hacia adelante en su asiento, la larga melena ondulante y llena de vida —Recuerda, cazador de sombras, algunos de nosotros nos sentimos irritados bajo el gobierno de la Clave. Tal vez estamos cansados de librarn vuestras guerras por vosotros.

—Pero no es sólo nuestra guerra —replicó Jimin —MinHo odia a los subterráneos más de lo que odia a los demonios. Si nos derrota, luego irá a por ustedes —Los ojos de la reina le taladraron —Y cuando lo haga —siguió Jimin —recuerden que fue un cazador de sombras quien les advirtió de lo que se avecinaba —Se hizo el silencio. Incluso la corte había enmudecido, observando a su señora. Por fin, la reina se recostó en sus almohadones y tomó un trago de un cáliz de plata.

—Advertirme sobre tu propio progenitor —dijo —Había pensado que vosotros, los mortales, erais capaces de sentir afecto filial, al menos, y sin embargo no pareces sentir lealtad hacia MinHo, tu padre —Jimin no dijo nada. Parecía, para variar, haberse quedado sin palabras —O quizás esta hostilidad tuya sea fingida —siguió diciendo la reina con dulzura —*El amor convierte en mentirosos a los de tu especie.*

—Pero nosotros no amamos a nuestro padre —intervino Jungkook, mientras Jimin permanecía aterradora mente silencioso —Le odiamos.

—¿De verdad? —La reina parecía casi aburrida.

—Ya sabe cómo son los vínculos familiares, mi señora —replicó Jimin, recobrando la voz

—Se aferran con la fuerza de enredaderas. Y en ocasiones, igual que enredaderas, se aferran con la fuerza suficiente para matar —Las pestañas de la reina aletearon.

—¿Traicionarías a tu propio padre por la Clave?

—Lo haría, señora —Ella rió, un sonido claro y gélido como carámbanos.

—¿Quién iba a pensar —ironizó —que los pequeños experimentos de MinHo se volverían contra él? —Jungkook miró a Jimin, pero notó por la expresión de su rostro que este no tenía ni idea de a qué se refería la reina. Fue Yoongi quien habló.

—¿Experimentos? —La reina ni siquiera lo miró. Su mirada, de un azul luminoso, estaba fija en Jimin.

—Los seres mágicos son un pueblo de secretos —explicó —Los nuestros, y los de otros. Pregunta a tu padre, la próxima vez que le veas, qué sangre corre por tus venas, Min.

—No pensaba preguntarle nada la próxima vez que lo viera —respondió él —Pero si así lo desea, mi señora, se hará —Los labios de la reina se curvaron en una sonrisa.

—Creo que eres un mentiroso. Pero de lo más encantador. Lo bastante encantador para que te jure esto: Haz esa pregunta a tu padre y te prometo aquella ayuda que esté en mi poder, si pretendes ir contra MinHo.

—Su generosidad es tan extraordinaria como su hermosura, señora —repuso él con una sonrisa. Jungkook emitió un ruidito ahogado, pero la reina pareció complacida —Y creo que hemos terminado por ahora —añadió Jimin, alzándose de los almohadones. Su bebida seguía en el suelo, donde la había depositado al principio, junto a la de Yoongi. Todos se levantaron detrás de él. Yoongi se puso a conversar con Chanyeol en una esquina, junto a la puerta de enredaderas. El ser mágico parecía ligeramente acorralado.

—Un momento —La reina se puso en pie —Uno de vosotros debe quedarse —Jimin se detuvo a medio camino de la puerta, y se volvió hacia la reina.

—¿Qué quiere decir? —Ella alargó una mano para indicar a Jungkook.

—Una vez que nuestra comida o bebida cruza labios mortales, el mortal es nuestro. Sabes eso, cazador de sombras —Jungkook estaba atónito.

—¡Pero yo no he bebido nada! —Se volvió hacia Jimin —Está mintiendo.

—Las hadas no mienten —afirmó Jimin; confusión y una naciente ansiedad se daban caza en su rostro mientras volvía a mirar a la reina —Me temo que se equivocó, señora.

—Mira sus dedos y dime si no se los ha lamido —Hoseok y Yoongi lo miraron boquiabiertos. Jungkook se miró la mano.

—La sangre —explicó —Uno de los gnomos me mordió el dedo... sangraba... —Recordó el sabor dulce de la sangre, mezclado con el zumo que tenía en el dedo. Aterrado, fue hacia la puerta de enredaderas, y se detuvo cuando lo que parecieron manos invisibles lo empujaron de vuelta al interior de la habitación. Se volvió hacia Jimin, horrorizado —Es cierto —Jimin tenía el rostro enrojecido.

—Supongo que debería haberme esperado un truco así —dijo Jimin a la reina, sin rastro del anterior coqueteo —¿Por qué lo hacen? ¿Qué quieren de nosotros? —La voz de la reina era suave como pelusa de araña.

—Quizá sólo sea curiosidad —respondió —No sucede a menudo que tenga a cazadores de sombras jóvenes dentro de mi esfera de acción. Como nosotros, vosotros remontáis vuestra ascendencia a los cielos; eso me intriga.

—Pero a diferencia suya —replicó Jimin —no hay nada de infierno en nosotros.

—Sois mortales; envejecéis; morís —se burló la reina —Si eso no es el infierno, te ruego me digas qué es.

—Si lo que quieren es estudiar a un cazador de sombras, no les seré de mucha utilidad —terció Jungkook; la mano le dolía allí donde el gnomo lo había mordido, y reprimió el impulso de echarse a llorar —No sé nada sobre cazar sombras. Apenas he empezado mi preparación. Han escogido a la persona equivocada —«Sin lugar a dudas», añadió en silencio. Por primera vez, la reina lo miró directamente, y Jungkook sintió deseos de retroceder.

—Lo cierto es, Jeon Jungkook Morgenstern, que eres precisamente la persona correcta —Sus ojos centellearon al advertir la inquietud del muchacho —Gracias a los cambios que tu padre realizó en ti, no te pareces a ningún otro cazador de sombras. Tus dones son distintos.

—¿Mis dones? —Jungkook estaba perplejo.

—El tuyo es el don de palabras que no pueden pronunciarse —le dijo la reina —y el de tu hermano es el don del propio Ángel. Vuestro padre se aseguró de ello cuando tu hermano era un niño y antes de que tú nacieras siquiera.

—Mi padre jamás me dio nada —declaró Jungkook —Ni siquiera me dio un nombre —Jimin parecía tan perplejo como él.

—Si bien los seres mágicos no mienten —dijo el rubio —se les puede mentir. Creo que ha sido víctima de un truco o una broma, mi señora. No hay nada especial en mí o en mi hermano.

—Con qué destreza quitas importancia a tus encantos —replicó la reina con una carcajada —Aunque debes de saber que no perteneces a la clase corriente de muchacho humano, Min... —Pasó la mirada de Jungkook a Jimin y a Yoongi, que cerró la boca que había

mantenido abierta de par en par, y volvió a mirar a Jimin —¿Es posible que no lo sepas? —murmuró.

—Sé que no dejaré a mi hermano en su corte —contestó Jimin —y puesto que no hay nada que averiguar ni de él ni de mí, ¿quizá nos haría el favor de liberarlo? —prosiguió con voz cortés y fría como el agua, aunque sus ojos dijeron: «¿Ahora que ya se han divertido?» La sonrisa de la reina fue amplia y terrible.

—¿Y si les dijera que puede ser liberado mediante un beso?

—¿Quiere que Jimin la bese? —inquirió Jungkook, perplejo. La reina soltó una carcajada, e inmediatamente, los cortesanos copiaron su alborozo. Las carcajadas fueron una singular e inhumana mezcla de risotadas, chillidos y cloqueos, como los agudos alaridos de animales que sufren.

—A pesar de los encantos del joven —repuso la reina —ese beso no liberaría al muchacho —Los cuatro se miraron entre sí, sobresaltados.

—Podría besar a Chanyeol —sugirió Yoongi.

—No. A nadie de mi corte —Chanyeol se apartó del pelinegro, que miró a sus compañeros y alzó las manos.

—No pienso besar a ninguno de los tres —declaró Yoongi con firmeza —Que quede claro.

—Ni falta que hace —dijo Hoseok —Si un beso es todo... —Fue hacia Jungkook que estaba paralizado por la sorpresa. Cuando lo tomó por los codos, esta tuvo que contener el impulso de apartarle de un empujón. No es que no hubiese besado a Hoseok antes, pero esa hubiera sido una situación muy peculiar, incluso si Jungkook se sintiera cómodo besándole, que no era el caso. Y sin embargo era la respuesta lógica, ¿no? Sin ser capaz de evitarlo, dirigió una veloz mirada por encima del hombro a Jimin y le vio poner mala cara.

—No —dijo la reina, en una voz que era como el tintineo del cristal —Tampoco es el beso que quiero —Yoongi puso los ojos en blanco.

—Ah, por el Ángel. Miren, si no hay otro modo de salir de aquí, besaré a Hoseok. Lo he hecho antes, no es tan malo.

—Gracias —dijo este —Resulta de lo más halagador.

—Es una lástima —respondió la reina de la corte seelie, y su expresión estaba cargada de una especie de cruel placer, que hizo que Jungkook se preguntase si lo que deseaba no era tanto un beso como contemplarles a todos presas del desasosiego —pero me temo que ese tampoco servirá.

—Bueno, pues yo no voy a besar al mundano —indicó Jimin —Preferiría quedarme aquí abajo y pudrirme.

—¿Para siempre? —dijo Hoseok —Para siempre es una barbaridad de tiempo —Jimin enarcó las cejas.

—Lo sabía —repuso —Quieres besarme, ¿verdad? —Hoseok alzó las manos con exasperación.

—Claro que no. Pero si...

—Imagino que es cierto lo que dicen —observó Jimin —No hay heterosexuales en las trincheras.

—Es ateos, imbécil —exclamó Hoseok, enfurecido —No hay ateos en las trincheras.

—Aunque todo esto es muy gracioso —intervino la reina con frialdad, inclinándose hacia adelante —el beso que liberará al muchacho es el beso que más desea —El placer cruel presente en su rostro y su voz se habían intensificado, y las palabras parecieron clavarse en los oídos de Jungkook como agujas —Únicamente ese y nada más —Hoseok tenía la misma expresión que si la mujer le hubiese pegado. Jungkook quiso tenderle la mano, pero se quedó paralizado, demasiado horrorizado para moverse.

—¿Por qué hace esto? —exigió Jimin.

—Yo más bien creía que te hacía un favor —Jimin enrojeció, pero no dijo nada. Evitó mirar a Jungkook.

—Eso es ridículo —indicó Hoseok —Son hermanos —La reina se encogió de hombros con una delicada elevación.

—El deseo no siempre se ve reducido por la repugnancia. Ni tampoco se puede conferir, como un favor, a aquellos que más lo merecen. Y puesto que mis palabras obligan a mi magia, de ese modo podrán saber la verdad. Si el bajito no desea su beso, no será libre —Hoseok dijo algo, enfadado, pero Jungkook no le oyó: los oídos le zumbaban como si tuviera un enjambre de abejas enfurecidas dentro de la cabeza. Hoseok lo miró, con expresión furiosa.

—No tienes que hacerlo, Jungkook, es un truco... —dijo.

—Un truco no —aseguró Jimin —Una prueba.

—Bueno, yo no sé tú, Hoseok —intervino Yoongi en un tono impaciente —pero a mí me gustaría sacar a Jungkook de aquí.

—Como si tú fueras a besar a Jin —replicó el castaño —sólo porque la reina de la corte seelie te lo pidiera.

—Claro que lo haría —parecía molesto —Si la otra opción fuese quedarme atrapado en la corte seelie para siempre. ¿A quién le importa, de todos modos? Es sólo un beso.

—Es cierto —Era Jimin. Jungkook le vio, por el rabillo del ojo, mientras iba hacia él y le ponía una mano sobre el hombro para hacerlo volverse cara a cara —No es más que un beso —repitió el rubio, y aunque el tono era áspero, las manos eran inexplicablemente delicadas. Jungkook dejó que lo moviera y alzó la mirada hacia él. Los ojos de Jimin estaban muy oscuros, tal vez porque había poca luz en la corte, tal vez por otro motivo. Jungkook vio su reflejo en ambas pupilas dilatadas, una imagen diminuta de sí mismo dentro de los ojos del rubio —Puedes cerrar los ojos y pensar en Inglaterra, siquieres —sugirió Jimin.

—Nunca he estado en Inglaterra —repuso el más bajo, pero bajó los párpados. Sintió la húmeda pesadez de las propias ropas, frías y picantes contra la piel; el empalagoso aire

dulce de la cueva, más frío aún, y el peso de las manos de Jimin sobre los hombros, lo único que resultaba cálido. Y entonces Jimin lo besó. Jungkook notó la caricia de sus labios, leve al principio, y luego los suyos se abrieron automáticamente bajo la presión. Casi contra su voluntad sintió que se tornaba dúctil, estirándose hacia arriba para rodearle el cuello con los brazos tal y como un girasol busca la luz. Los brazos de Jimin se deslizaron a su alrededor, las manos anudándose a su cabello, y el beso dejó de ser delicado y se convirtió en fiero, todo en un único momento como la chispa convirtiéndose en llama. Jungkook oyó un sonido parecido a un suspiro extendiéndose raudo por la corte como una ola, en torno a él. Pero no significó nada, se perdió en el violento discurrir de la sangre por sus venas, en la mareante sensación de ingratidez del cuerpo. Las manos de Jimin se apartaron de su cabello y le resbalaron por la espalda; sintió la fuerte presión de las palmas del rubio contra los omóplatos... y a continuación Jimin se apartó, soltándose con suavidad, retirando las manos del menor de su cabello y retrocediendo. Por un momento, Jungkook pensó que iba a caer; sintió como si le hubiesen arrancado algo esencial, un brazo o una pierna, y se quedó mirando a Jimin con confuso asombro; ¿qué sentía él?, ¿no sentía nada? No creía que pudiera soportar que Jimin no sintiera nada. El rubio le devolvió la mirada, y cuando Jungkook vio la expresión de su rostro, reconoció los ojos que había visto en Renwick, cuando Jimin había contemplado cómo el Portal que le separaba de su hogar se rompía en mil pedazos. Le sostuvo la mirada por una fracción de segundo, luego apartó los ojos del menor mientras los músculos de su garganta se movían. Tenía los puños pegados a los costados.

—¿Ha sido eso lo bastante bueno? —inquirió, volviendo la cabeza para mirar a la reina y a los cortesanos situados tras ella —¿Se ha divertido? —La reina tenía una mano sobre la boca, medio ocultando una sonrisa.

—Mucho —respondió —Pero no creo que tanto como ustedes dos.

—Adivino —replicó Jimin —que las emociones mortales les divierten porque carecen de propias —La sonrisa desapareció del rostro de la mujer.

—Cálmate, Jimin —dijo Yoongi, y se volvió hacia Jungkook —¿Puedes marchar ahora? ¿Eres libre? —Jungkook fue hacia la puerta y no le sorprendió no hallar ninguna resistencia que le cerrara el paso. Se quedó de pie con la mano entre las enredaderas y volvió la cabeza hacia Hoseok. Este lo miraba fijamente como si no lo hubiese visto nunca antes.

—Deberíamos irnos —dijo Jungkook —Antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde —repuso Hoseok. Chanyeol los condujo fuera de la corte seelie y los llevó de vuelta al parque, todo ello sin decir una sola palabra. Jungkook pensó que la espalda del hada parecía rígida y desaprobadora. El hada les abandonó en cuanto hubieron dejado el estanque, sin siquiera despedirse de Yoongi, y desapareció en el interior del reflejo tembloroso de la luna. Yoongi le contempló marcharse con un rictus.

—Todo ha terminado —soltó. Jimin emitió un sonido parecido a una carcajada ahogada y se levantó el cuello mojado de la chaqueta. Todos tiritaban. La noche era fría olía como a tierra, plantas y urbe humana; a Jungkook casi le pareció que podía olfatear el hierro en el aire. El anillo urbano que rodeaba el parque chisporroteaba lleno de luces intensas: azul hielo, verde relajante, rojo violento, y el estanque lamía en silencio las orillas sucias. El reflejo de la luna se había trasladado al extremo opuesto y temblaba allí como si les tuviera

miedo —Será mejor que regresemos —Yoongi se arrebujo más en su abrigo, todavía mojado —Antes de que muramos congelados.

—Tardaremos una eternidad en regresar a Brooklyn —comentó Jungkook —Quizá deberíamos tomar un taxi.

—O simplemente podríamos ir al Instituto —sugirió Yoongi que, al ver la expresión de Jimin, añadió rápidamente —No hay nadie allí de todos modos; están todos en la Ciudad de Hueso, buscando pistas. Sólo tardaremos un segundo en pasar por allí y coger ropa seca. Además, el Instituto todavía es tu hogar, Jimin.

—Perfecto —accedió este, ante la evidente sorpresa del pelinegro —De todos modos hay algo que necesito de mi habitación —Jungkook vaciló.

—Yo no sé qué hacer. Podría tomar un taxi con Hoseok —Quizá si pasaban un rato juntos podría explicarle lo que había sucedido en la corte seelie, y que no era lo que él pensaba. Jimin, que había estado examinando su reloj por si el agua lo había dañado, lo miró, encarcando las cejas.

—Eso podría ser un poco difícil —replicó —puesto que él ya se ha ido.

—Él ¿qué? —Jungkook giró en redondo y se quedó atónito. Hoseok se había ido; los tres estaban solos junto al estanque. Corrió un corto trecho colina arriba y gritó su nombre. A lo lejos, consiguió verle, alejándose con zancadas decididas por el sendero de cemento que conducía a la salida del parque y a la avenida. Volvió a llamarle, pero Hoseok no se inmutó.